

religion. Para dar, pues, á conocer, primeramente, la ilusión de un error tan vulgar y tan injurioso á la santidad de este tiempo, bastaría el deciros que la alegría de la Iglesia en estos felices dias solo está fundada en la victoria que Jesucristo, y con él todos los fieles, consiguieron hoy del pecado; que vuestra vuelta á la gracia es todo el motivo de sus cánticos de alegría, y que si aun estais en pecado, ella está aún cubierta de un luto invisible, y gime en secreto delante de su Esposo, y así en este dia solo se manifiesta triunfante y cercada de gloria para celebrar el triunfo de la gracia en vuestros corazones, y os mira como á otros tantos cautivos á quienes acaba de sacar del imperio de la muerte y del poder de las tinieblas. En una palabra, el destino de vuestra conciencia es quien decide siémpre de su tristeza ó alegría, porque el tiempo de la vida presente no es el tiempo de su gozo, pues se contempla como extranjera, separada de su Esposo, despedazada con los cismas y altercaciones, deshonrada con los escándalos, afligida con las caídas de sus hijos, y gime sin cesar, suspirando por su libertad, y sus cánticos de alegría no son mas que deseos de la eternidad y vivas ansias de reunirse con la Iglesia del cielo, de la que es visible Pontífice su Esposo; pero dejemos estas razones que miran á ella sola, y detengámonos en las que hallamos en nuestras propias disposiciones.

A la verdad, en segundo lugar, si despues de unas costumbres desordenadas y una vida llena de pecados, habeis sido tan felices que habeis recobrado en estos dias vuestra inocencia con la gracia de los sacramentos, y os habeis reconciliado con Dios, luego sois nuevos hijos de la gracia y acabais de nacer á la justicia y santidad. En este estado, pues, de infancia y de flaqueza, como sois mas fáciles de

engañar y de pervertir, necesitais de mas precauciones y de mas socorros para no caer. Por otra parte, si acabais de salir de vuestras costumbres delincuentes, no podeis haber hecho nada para expiarlas; es verdad que habeis gemido á los piés del confesor, que os habeis declarado allí delincuentes, que habeis dado vivas muestras de compuncion, y que habeis detestado con sinceridad vuestros delitos; nosotros os hemos enjugado allí vuestras lágrimas, recogido vuestros suspiros y consolado vuestro dolor, el que á nosotros mismos nos llenaba de consuelo. Pero por ventura, ¿son estos los frutos únicos de la penitencia? ¿una vida entera, llena de placeres y desórdenes, puede borrarse con algunas pasajeras lágrimas? ¿y el pecado se expió acaso luego que fué perdonado? Pues si sois un nuevo penitente, ¿dónde están aquellos excesos de celo, aquella indignacion contra sí mismo, aquel deseo de trabajos que son siempre las primicias del espíritu de Dios en un corazon arrepenitido? ¿aun no habeis comenzado y ya quereis permitiros mitigaciones que no se atreverian á permitirse aun los mas justos despues de largos años de penitencia? ¿es tiempo de descansar en el mismo principio de la carrera? Alguna vez puede suceder que se descansa al fin de ésta y que se entibie el fervor despues de muchos años de austeridad; pero á lo menos los principios fueron fervorosos. El rey de Nínive se cubre de ceniza, rasga sus vestiduras, mortifica su carne con el ayuno y el cilicio; este es el fruto de la primera gracia; los esfuerzos que ella inspira en el principio son heroicos, y entonces es cuando el pecador, nuevamente movido, necesita de freno, y es preciso que la prudencia del director modere las ansias y detenga el ímpetu del celo y del espíritu que le anima.

Pero vosotros, amados oyentes míos, si empezais por la

carne, ¿cómo habéis de acabar por el espíritu? Si vuestros primeros pasos son tibios y flojos, ¿cómo habéis de sufrir las tentaciones, las molestias y los disgustos inseparables de la continuación y permanencia?

Además, vuestra propia experiencia os enseñará que las tentaciones nunca son mas violentas que en los principios de una nueva vida; entonces es cuando el demonio, furioso por haber dejado escapar su presa, se vale de todos sus ardidés para recobrarla; entonces es cuando multiplica los combates y todo lo convierte en lazos, despierta todas las pasiones, aun medio vivas, derrama disgustos y amarguras en todos nuestros pasos, junta todos los obstáculos, aumenta las dificultades. En una palabra, echa el resto de todos sus artificios para volver á entrar en la casa de nuestra alma con siete espíritus impuros, aun peores que él; entonces son por una parte mas vivas las tentaciones y por otra está mas flaca la piedad por hallarse ésta como una centellita apenas encendida, que es preciso mantener á costa de cuidados y precauciones; como una planta nueva, capaz de marchitarse al mas leve soplo, de secarse con el mas leve ardor de las tentaciones. ¿En qué tiempo, pues, se necesita de mas fidelidad y vigilancia? ¿seria acaso prudencia el que no pensáseis mas que en descansar, sin estar vigilantes, en una ocasion en que todo se dispone á acometeros? ¿no es entonces cuando teneis mas necesidad que nunca del retiro, de la oracion, de la abnegacion del mundo y de los placeres, del trato con los justos, del ejercicio de las obras de misericordia y de la leccion de los libros santos? Y el exponer un tesoro que teneis en vuestro corazón, sin saber aún defenderle, ¿no es querer perderle sin remedio?

Por último, no añado que no proveyendo la Iglesia en este santo tiempo á la piedad de los fieles de tantos socor-

ros exteriores, debéis vosotros suplir esta falta, renovando el celo y el cuidado. En los dias de penitencia de que acabamos de salir, parece que la fe y la piedad estaban sostenidas con solas las exterioridades del culto. La mas continua asistencia á nuestros templos, la palabra evangélica anunciada mas frecuentemente y en mas lugares; las preces de la Iglesia mas largas y mas solemnes; todo aquel aparato de luto y tristeza de que estaba cubierta; la memoria de los misterios dolorosos que nos acordaba; la ley de los ayunos y de las abstinencias; la suspension de los públicos placeres, la moderacion en la libertad de las mesas, la culpa casi obligada á ocultarse ó á lo menos á disimularse, la obligacion de la Pascua con la que todos se disponian á cumplir, excepto algunos pecadores inveterados y absolutamente abandonados de Dios; todo esto podia servir de apoyo á una piedad nueva; pero en el tiempo en que vamos á entrar, la virtud casi nada halla en las exterioridades de la religion que la ayude, que la anime, que la defienda; toda la hermosura de la hija del rey, por decirlo así, está en lo interior. La Iglesia, suponiendo que por la resurreccion hemos quedado del todo espirituales y celestes, no ofrece á nuestra piedad tantos socorros sensibles; cesan los ayunos, se minoran las oraciones públicas, callan los púlpitos, el culto y las ceremonias son mas regulares y sencillas, se acaban las solemnidades y se cumple la revolucion de los misterios. La Iglesia de la tierra resucitada es una imágen de la del cielo, en la que el amor, la adoracion, la accion de gracias y el silencio ocupan el lugar de los himnos y cánticos, y forman toda su religion y su culto.

Pero para los que aun estais débiles en la fe, esta privacion de socorros exteriores, esta vida interior y perfecta tie-

ne sus riesgos; puede temerse que no hallando al rededor de vosotros los apoyos exteriores de la piedad, no os podais mantener solos; puede temerse que el fin de las abstinencias sea para vosotros ocasion de intemperancia y de concupiscencia; que por estar distantes de las cosas santas, caigais en el olvido de Dios; que el uso mas libre de los placeres os abra el camino al pecado; que la falta de las públicas oraciones os haga perder la costumbre de levantar vuestro corazon á Dios; que con el silencio de los púlpitos os váyais adormeciendo acerca de las verdades eternas. En una palabra, que la santa libertad de este tiempo sea para vosotros ocasion de relajacion y de recaída.

Y para mejor manifestaros esta verdad, porque nunca se puede cometer exceso en daros á conocer el espíritu de la Iglesia en el orden y fin de sus solemnidades y misterios, por ser esta toda la piedad de este destierro y de nuestra peregrinacion, os suplico advirtais, católicos, que desde el nacimiento del Salvador hasta su resurreccion y efusion de su Espíritu Santo que esperamos, la Iglesia nos ha mantenido siempre bajo sus alas, por decirlo así, como polluelos que criaba y queria formar para Jesucristo; os ha hecho crecer sucesivamente con la gracia de cada misterio; no os ha perdido de vista y ha empleado todos sus cuidados con vosotros. Pero en adelante, cumplidos los misterios de la resurreccion y de la efusion del Espíritu Santo, mira como acabada en vosotros su obra; supone que sois hombres celestiales, llenos de todos los dones del cielo; que habeis llegado á la perfecta semejanza de Jesucristo glorificado, y que no teneis ya necesidad de los socorros con que hasta ahora habia mantenido vuestra infancia; os entrega á vosotros mismos, se retira á lo interior de su santuario, no propone ya á vuestra piedad sino el misterio inefable de la

unidad de la divina esencia y la Trinidad de las personas, que es toda la ocupacion, todo el culto y toda la religion de los celestiales espíritus y de los bienaventurados en el cielo; se persuade á que habiendo de hacer en adelante en la tierra una vida absolutamente celestial, no debe presentar á vuestra piedad otro objeto mas que el que la Iglesia del cielo ofrece á sus escogidos, y que solo debe presentaros el seno de la gloria y el inefable misterio de la Trinidad, en vez de seguiros aún y socorremos, como ha hecho hasta aquí, entre los peligros y escollos que hay en la tierra. Juzgad ahora si estos dias de perfeccion, de gloria, de vida celestial y plenitud del Espíritu Santo para los cristianos, pueden ser dias de relajacion y libertad, y si debéis seguir la regla de los sentidos en un tiempo en que la Iglesia supone que ya toda vuestra vida es interior y oculta en Dios con Jesucristo.

Y á mas de esto, aun cuando una vida deliciosa, sensual, menos circunspecta y menos acompañada de todas las precauciones y de todas las violencias de la piedad, no fuera peligrosa despues de la santa solemnidad, á lo menos seria injusto, católicos, para la mayor parte de los que me oís; y á la verdad, señores, ¿estos dias de penitencia de que acabamos de salir, han extenuado tanto vuestra carne, que os puedan dar derecho para que descanséis de vuestras penitencias? ¿Qué es lo que habeis padecido en este tiempo consagrado por la Iglesia á la mortificacion y á los trabajos de Jesucristo? ¿en qué le habeis distinguido de otros tiempos del año? ¿os habeis presentado en nuestros templos cubiertos de ceniza y de cilicio? ¿habeis mezclado vuestro pan con la amargura de vuestras lágrimas? ¿se han visto mas oraciones, mas retiro, mas austeridad, ó á lo menos mas regularidad en vuestras costumbres? ¿habeis á lo

menos cumplido con las leyes de la Iglesia y hecho gemir con la austeridad del ayuno, cumplido como se debe, á un cuerpo á quien nunca podreis suficientemente castigar? ¡Ah! el justo que ha llegado al fin de esta carrera tiene derecho para enjugar sus lágrimas, lavar su rostro, perfumar su cabeza y vestirse sus vestidos de gloria y de alegría, para tener parte en el público regocijo de la Iglesia y gustar con ella de los consuelos sensibles de este santo tiempo; el justo, sí, porque lejos de dispensarse la severidad de sus leyes, ha añadido rigores de supererogacion; pero vosotros que en vez de haber sido penitentes habeis sido prevaricadores aun de la ley comun de la penitencia; vosotros que venís al misterio de la resurreccion con una carne tan rebelde, con unas pasiones tan vivas y tan enteras como estaban antes de estos dias de mortificacion y abstinencia; ¡ah! en vez de permitiros hoy alivios que no habeis merecido, debeis poneros en estado de reparar vuestra pasada infamia, de cumplir lo que ha faltado á vuestra penitencia, de mudar este tiempo de alegría en tiempo de luto y de tristeza, y empezar una carrera en que no habeis dado paso alguno.

Y si deseais saber, antes de concluir, en qué consiste esta renovacion que se os pide y cuáles son por menor los medios de conservar la gracia de la resurreccion, que es lo que debe ser el fruto de todo este discurso, os respondo que la gracia no se puede conservar sino por los mismos caminos que se ha recobrado. Que los movimientos de amor y de compuncion que ha traído á vuestra alma, son los que únicamente pueden mantenerla en ella. Que al hombre espiritual sucede lo que al terrestre; esto es, que en su conservacion nada hay que no se parezca á su formacion primera.

Preguntaos, pues, ¿cómo os habeis portado en estos dias

solemnes para recobrar la gracia de la santificacion, si es que la habeis recobrado? ¿cuáles son los caminos por donde habeis llegado á este feliz estado? ¿las lágrimas, la compuncion, un vivo horror de vuestros delitos, una separacion infinita de las ocasiones que os habian engañado; un sincero conocimiento de vuestra flaqueza y de la necesidad que teníais de oracion y vigilancia, un verdadero disgusto del mundo y de sus deleites, un gusto de Dios y de todas las obligaciones de la piedad, y por último, un verdadero temor de morir en vuestro pecado? Pues este, amados oyentes míos, es el plan de vuestras obligaciones hasta el fin. Seguid siempre esas felices sendas que os han conducido á vuestra libertad, ese es vuestro camino; acordaos de que vuestra propia corrupcion pelea continuamente dentro de vosotros mismos contra la gracia de la santidad, que es necesario hacer los mismos esfuerzos para conservar la que hicisteis para recobrarla, y que así el aflojar es perderlo todo y arriesgar todo el fruto de vuestros pasados trabajos.

Estos son, católicos, los motivos y los medios de perseverancia que hoy nos da la resurreccion de Jesucristo. Permitidme, pues, que acabe este discurso, esta carrera santa y la obra de mi ministerio, dirigiéndoos las mismas palabras que el apóstol dirigia en otro tiempo á los fieles nuevamente convertidos á la fe. Hermanos míos, les decia, estad firmes y no volvais á poner os el yugo de la dura servidumbre de que acaba de libertaros la gracia de Jesucristo. *Stete, et nolite iterum jugo servitutis contineri.*¹ Cuan- to acabais de padecer para purificar vuestras conciencias y para aclarar sus abismos en el sagrado tribunal de la penitencia; esas lágrimas, esa vergüenza, esas confesiones

¹ Galat. 5. v. 1.